

Homilía Te Deum

Osorno, 18 de septiembre de 2021

Estamos reunidos en este templo Catedral de Osorno para agradecer a Dios por Chile - es el sentido más genuino que han tenido los Te Deum - al conmemorarse hoy un año más de la independencia nacional. Los cristianos acostumbramos alabar, bendecir y agradecer al Dios vivo y verdadero en todo momento, por lo que experimentamos, por la vida y por todas las posibilidades que ella nos ofrece, aun ante las adversidades. Y junto con agradecer a Dios, también le suplicamos por las necesidades y por los desafíos que tenemos como sociedad; y lo hacemos con Fe y Amor y confiando en su promesa del Espíritu Santo (cfr. Jn 14, 26) y que estará con nosotros hasta el final (cfr. Mt 28, 20).

Hay dos grandes temas que, en el último tiempo, de una u otra manera, a todos nos han tenido atentos, si no involucrados, esperanzados, y a veces hasta en vilo, podríamos decir: la pandemia y la situación país.

1. **La pandemia**, todavía en curso, ha sido como una gran penumbra que envolvió la tierra, dejando mucho dolor, pérdida de vidas humanas, desgaste en todos los aspectos, especialmente en la salud y en la economía. Ha tenido un alto costo, especialmente en la vida y salud de los más débiles, como los adultos mayores, los enfermos, los niños y los más pobres en general. Desde aquí una **acción de gracias del todo especial a Dios por el paulatino progreso en la superación de la pandemia** a nivel mundial y en nuestro país. En nuestro país podemos destacar organización y solidaridad. Gracias por el trabajo de las **autoridades** nacionales, del gobierno, especialmente del Ministerio de Salud, que ha desplegado un enorme plan sanitario, en especial la vacunación, que es para todos, en todo el territorio nacional, llegando hasta los lugares más alejados de nuestra geografía, enteramente gratuito y

sostenido. Gracias por el trabajo y la organización en terreno de los **municipios** en este plan nacional. Gracias por el inmenso trabajo de todo el **personal de nuestro sistema de salud**: ha sido un esfuerzo encomiable, desgastador, con mucho sacrificio, con mucho costo a nivel personal y familiar, permanente y por un largo periodo, que aún no termina. Gracias por el trabajo de **muchos otros trabajadores**, hombres y mujeres, que han estado en primera línea haciendo posible que en los momentos más críticos de la pandemia hayan estado funcionando los sistemas imprescindibles de nuestra vida social. Sería largo enumerar. Gracias a Dios por tantas expresiones de **solidaridad** de las personas en forma individual y de forma organizada: a partir de las municipalidades y diversas formas de asociaciones: juntas de vecinos, centros deportivos, agrupaciones espontáneas, de las iglesias, y tantas otras. También, la pandemia al dejar al descubierto muchas de nuestras fragilidades, a nivel global y nacional, nos permite adquirir un aprendizaje muy valioso para crecer y estar preparados, en todos los ámbitos de la vida personal y social. **Pero, porque aún no superamos del todo esta pandemia, es oportuno recordar e insistir en la responsabilidad personal y colectiva para asegurar el camino de superación.** Por todo y por todos: ¡damos gracias a Dios!

2. **La situación país** preocupa, hay temores, pero, también esperanza. Por lo mismo, nuestra mente, nuestro corazón y nuestro espíritu está en oración por Chile y su futuro, en momentos que está viviendo un tiempo crucial, de encrucijadas, de encuentro y confrontación con muchas de sus verdades históricas, culturales y sociales profundas, que están presente en el proceso constituyente, pero que quizás va más allá. Para quienes creemos, los tiempos de crisis son también tiempos de oportunidad, de posibilidades de renovación y de esperanza. Las crisis, responden a necesidades, no sólo materiales, insatisfechas; pero más profundamente, tienen que ver con el alma

siempre inquieta del ser humano, que busca incansablemente desarrollarse y crecer, lo cual, muchas veces, exige transformaciones profundas de la realidad. Desde una mirada creyente esa profunda inquietud, que caracteriza al ser humano, y que lo hace soñar y lo insta a buscar, lo ha puesto el mismo Creador en la creatura humana y en la creación misma, como impronta de su ser. El ser humano no fue hecho para quedar anclado ni para ser esclavo; fue hecho para la libertad y para buscar la realización de su destino junto a su Creador (cfr. San Agustín). En esta línea, se ubica el mensaje que nos llega a través del profeta Isaías, que nos recuerda la eterna utopía de un mundo renovado, anhelo de los seres humanos, y que Dios mismo, actuando en el mundo y en la historia, se encarga de sustentar. Ese mundo nuevo concuerda con el Reino de Dios anunciado por Jesús; y somos nosotros, los hombres y mujeres, quienes podemos y debemos intentar, una y otra vez, hacerlo realidad.

Nuestro país, desde algunos decenios, ha venido mostrando signos de crisis, en lo social, cultural, económico y político, y esto se precipitó en los últimos años. En el parlamento se logró un acuerdo para hacer viable el reclamo ciudadano por una nueva carta fundamental, mediante un proceso constituyente que se hiciera cargo de las demandas por transformaciones profundas en áreas fundamentales de nuestra realidad y, en concreto, que diseñara una propuesta de una nueva carta fundamental para el Chile del futuro. Todo con participación y aprobación ciudadana. A pesar de la pandemia, que sin duda ha influido en los niveles de participación ciudadana, hasta la fecha, se ha logrado realizar la elección de los constituyentes y la asamblea de Constituyente se ha instalado y ha comenzado su trabajo preliminar, no exenta de dificultades, pero avanza, y es observada con gran interés y con gran expectativa. Su buen éxito, dependerá, a corto plazo, del trabajo de los Constituyentes, y del grado de participación y confianza por parte de la ciudadanía que, finalmente, deberá decir

sí o no a la propuesta constitucional; y a largo plazo, de la profundidad del trabajo y de los contenidos, y sin duda de sus fundamentos que le darán la hondura, la trascendencia que se espera.

Con la imagen de las dos casas que escuchamos en el Evangelio recién proclamado (cfr. Mt 7, 24 - 27), Jesús nos da una enseñanza simple pero profunda, que nos ilumina y nos alienta al momento de querer construir la propia vida, la vida familiar, y tantos de nuestros proyectos: una, aquella *“del hombre prudente que edificó su casa sobre roca”*, y que cuando vinieron las dificultades **no se derrumbó**, justamente porque estaba cimentada sobre roca firme; la otra, la de *“aquel hombre necio que edificó su casa sobre arena”* y que cuando vinieron las dificultades, **se derrumbó**, porque sus cimientos no eran suficientemente firmes. El ser humano tiene el poder y el deber de construir su vida y la de la sociedad de la que es parte, pero debe esmerarse por construir sobre cimientos que favorezcan el desarrollo de la vida en y hacia la plenitud, al mismo tiempo que den firmeza, estabilidad. El proyecto de nueva constitución dependerá de los fundamentos y de los materiales que los constituyentes elijan para la casa común. Sin duda alguna, todos quienes han recibido el mandato popular de ser constituyentes tienen una gran responsabilidad, y quienes se reconocen cristianos también tienen la responsabilidad de la coherencia con la fe; ¡en ello no hay contradicción! sino una gran oportunidad de servir desde la propia identidad, desde la cual hay una exigencia ética y moral respecto de la dignidad de la persona humana, de la libertad, la verdad, la justicia, del bien común, del sentido de fraternidad, la unidad y, por sobre todo, del amor.

Todo este tiempo que vivimos, tiempo que es nuestro, pero sobre todo de Dios, exige ensanchar el pensamiento y el espíritu, para comprender más y mejor, para ampliar la mirada, y en actitud humilde y respetuosa, mejorar nuestro diálogo, escuchando,

acogiendo, compartiendo; y con sensatez y serenidad, distinguir las cosas y discernir. En esta misma actitud, es importante tener el valor para reconocer que somos parte de una historia que nos antecede; que no todo comienza con nosotros, ni ahora, y por lo mismo, exige tener la lucidez y el valor para apreciar lo mucho que hay de valioso, que se ha hecho con esfuerzo, hasta con sacrificio y con auténtico amor, pensando en el bien común.

Que en estos tiempos de cambios que estamos viviendo, los cristianos, y, en general, quienes habitamos en hermosa tierra, no nos olvidemos de Dios, que Chile no se olvide Dios: en el sufrimiento y en el gozo, con salud y en enfermedad, en los grandes acontecimientos, en los momentos y circunstancias históricas y en los momentos y circunstancias de la vida de cada día.

Con atención y con viva esperanza, damos gracias a Dios por este nuestro tiempo y por el proceso constituyente en curso; proceso inédito, con características que lo hacen único no sólo en Chile, sino en el mundo entero, que recoge y busca canalizar en forma razonable demandas profundas, expresadas con fuerza por la ciudadanía, y así, progresar en la cohesión social y en el fortalecimiento de nuestro sistema democrático.

3. Finalmente, apenas un atisbo, casi simbólico de un tema de importancia vital y de futuro, que merecería un trato especial: no podemos dejar de agradecer a Dios por la lluvia de las últimas semanas en nuestra zona, cuando sabemos que en el norte se prolonga la sequía, lo que pone en riesgo las condiciones esenciales para toda la vida. *“¡Alabado seas, mi Señor! por la hermana nuestra madre tierra, que nos mantiene y sustenta, y produce los variados frutos con las flores coloridas y las hierbas”* (San Francisco), aun ahora, cuando ella, la tierra, gime con dolores como de parto por los estragos del cambio climático y por el abuso irracional de nosotros los seres humanos, y de lo cual también hay signos en nuestra

hermosa región. Pensemos en el descuido y deterioro de humedales y ríos y en graves episodios de contaminación.

Que Dios bendiga nuestro país, que bendiga a todos sus habitantes, que bendiga esta hermosa tierra que ha puesto a nuestros pies.